

68

Así fue, aquel domingo por la tarde, me instalé, muy acomodado, de codos sobre la mesa del cuarto de estar con buena provisión de cigarrillos y de leche en su cacerola.

No sabía por dónde meterle mano, sinceramente.

Junto a cada membrete debía yo colocado, con bolígrafo verde, unos pequeños símbolos a modo de código que en el momento de situarlos se me autojaban i me picaban y, ni, algunos lo eran y los podía reconocer en cualquier momento, pero las características me sobre la marcha había ido atribuyendo a cada uno de